

LAS "DOS AMÉRICAS" Y EL ROMANTICISMO

A la memoria del doctor
José Manuel Rivas Sacconi.

I. LAS "DOS AMÉRICAS"

Una primera aclaración se impone, y es la que tiene que ver con las "Dos Américas". ¿A qué "Dos Américas" apuntamos?

Poco cuesta rastrear, en breve serie, los distintos numerales y sus correspondientes contenidos: una América (como signo de unidad), dos Américas, tres Américas (la clasificación más elementalmente "geográfica"), cuatro Américas (en relación al importante problema de las lenguas y derivaciones)... Es posible que haya más, pero, para no perdernos, será bueno detenernos aquí, ya que, después de todo, está incluido en la serie citada el número que nos interesa. Finalmente, dejo en claro que las particiones atienden también a algunas variantes diacrónicas, tal como se verá en su lugar.

Entrando en materia, diré que la especial partición de las "Dos Américas" corresponde a la división longitudinal que conocemos como "América del Atlántico" y "América del Pacífico"¹, división que gozó de cierto auge alrededor de

¹ Con esto descartamos por ahora otra partición de igual título: las "Dos Américas" como sectores transversales. Es decir, una América del Norte (o inglesa) y una América del Sur (o hispánica o ibérica). Esta división tuvo especial auge en el siglo XIX, tal como se ve en textos de Sarmiento, Alberdi y muchos otros. Así, Sarmiento, en aquellas particiones tan rotundas y tan suyas, distinguía entre una América situada al norte del Trópico de Cáncer y,

1940, a través de la tesis sustentada por el conocido ensayista colombiano Germán Arciniegas en unos *Debates* realizados en Buenos Aires, y que encontraron sólido respaldo — y nuevas razones — en Pedro Henríquez Ureña.

Es justo subrayar los méritos de la tesis de Germán Arciniegas, así como la buena acogida que tuvo en aquellos *Debates*, registrados cabalmente en la revista *Sur* de Buenos Aires, precisamente en 1940².

Es bueno — repito — conceder el valor que, en efecto, tiene la partición sociológica de Germán Arciniegas. Pero, al mismo tiempo, es también justo subrayar que, si no con tanta espectacularidad, esa tesis se había enunciado ya repetidas veces a lo largo del siglo XIX. Con algunas variantes dignas de ser tenidas en cuenta: así, la que encontramos en las “Dos Américas” — la del Litoral y la del Interior —, antes de llegar a la oposición más extremada y difundida. Es decir, la que conforman, en la realidad física del continente, o en las explicaciones dialécticas y reflexiones de la crítica, la “América del Atlántico”, por un lado, y la “América del Pacífico”, por otro.

Ahora bien, de manera especial quiero hacer hincapié, por la mayor proximidad con Germán Arciniegas, en un párrafo de Miguel Cané, de 1883, que, por encima de su brevedad, nos da limpiamente el meollo de la tesis, tal como — insisto — la revelan las palabras que Cané expuso en su libro *En viaje*:

Los países americanos situados en el Atlántico han sentido más rápida e intensamente la acción de la Europa, fuente indudable de todo progreso, y han conseguido emanciparse más pronto de la rémora colonial. Es con legítimo orgullo como un argentino puede hablar hoy de su país porque no hay espectáculo que levante y

simplemente, una América del Sur. Con todas las ventajas para la primera... Tanto, ¡que hasta los indios del norte le parecían mejores que los del sur! (ver SARMIENTO, *Viajes*, III, ed. de Buenos Aires, 1922, pág. 10). Sobre ALBERDI, ver, entre otras obras, *La omnipotencia del Estado...* (de 1860).

² *Debates sobre temas sociológicos: Relaciones interamericanas* (en la revista *Sur*, Buenos Aires, 1940, núm. 72, págs. 100-123).

consuele más el corazón de un hombre, que el de un pueblo laborioso, inteligente y ávido de desenvolvimiento, marchando con firmeza al amparo del orden y de la libertad, en el camino de sus grandes destinos...³.

Reparemos, sobre todo, en el comienzo del párrafo, y en el hecho de que su contraposición se apoya especialmente en los polos que marcan Colombia y la Argentina. Aunque sea necesario limar algo del entusiasmo patriótico de Cané, y, por otra parte, aclarar que pocos argentinos han sentido la estimación que Cané tuvo por Colombia, si bien no es esto lo que está aquí en duda.

Estableciendo una comparación entre el texto de Miguel Cané y las palabras de Arciniegas y Pedro Henríquez Ureña, no creo que estos últimos pretendieran partir de cero. Es posible que conocieran precedentes de la teoría y que sólo la urgencia de la exposición oral hizo que no se detuvieran en precisar jalones y precursores. Sin olvidar, en el reparto de méritos, el brillo que tanto Arciniegas como Pedro Henríquez Ureña supieron infundir a sus alegatos.

Al mismo tiempo, y después de destacar significativamente el lugar de Miguel Cané, creo que conviene mencionar otros antecedentes dignos de ser tenidos en cuenta. En particular, a través de las variantes que infunden, junto a la diversidad de los enfoques (militar, político, sociológico, diplomático, artístico, literario, etc.). Con el agregado, sin pretender exclusivismos, de lo que este problema preocupó —y sigue preocupando— a autores argentinos de muy distinta condición y especialidad. Y como la mejor prueba es la que respaldan los nombres propios, numero de inmediato la serie correspondiente e ilustrativa. Con preponderancia, en el siglo XIX, de la distinción entre Litoral e Interior.

— Pueyrredón (en una carta a San Martín, de 1817).

— Tocqueville (en su difundida obra *De la démocratie en Amérique*, 1835-1840, limitada, claro, al norte del continente).

³ Cf., MIGUEL CANÉ [hijo], *En viaje (1881-1882)*, 1ª edición, Buenos Aires, 1883. Ver ed. de Buenos Aires, 1960, pág. 35.

— Alberdi (en diferentes obras, comenzando por una *Memoria* de 1844, y siguiendo con las *Bases*, de 1852, las *Cartas quillotanas*, de 1853, y otras).

— Sarmiento (en páginas del *Facundo*, de 1845, la *Vida de Abrán* [sic.] *Lincoln*, 1865-1866, etc.).

— Bartolomé Mitre (en carta al Gobierno del Perú, de 1862).

— José María de Hostos (en su obra *Mi viaje al Sur*, de 1873-1874).

— Miguel Cané (en su libro *En viaje (1881-1882)*, de 1883, con el relieve especial ya señalado).

— Paul Groussac (en *Del Plata al Niágara*, de 1897).

Al entrar en nuestro siglo, incluyo un comentario de Unamuno, sacado de su ensayo *A la memoria de Nervo*, de 1919. Y, por la época de la tesis de Germán Arciniegas (y el refuerzo de Pedro Henríquez Ureña), valen los enfoques de Eduardo Mallea, Ezequiel Martínez Estrada y Bernardo Canal Feijoo, junto a alguna inesperada acotación de Ernst Robert Curtius.

No pretendo agotar toda la bibliografía, y es posible que algún nombre se me quede en el tintero. Con todo, creo que podemos establecer, a través de la enumeración precedente, dos consecuencias indudables: la especial fecundidad del tópico (muy anterior, claro, al año 1940), y el hecho de que, aun marcando una fecha tope o de culminación, el problema no se ha agotado. De ahí que siga reapareciendo de tanto en tanto...

Un estudio pormenorizado del tema desbordaría los límites de esta introducción y queda para otro lugar. Aquí sólo importa señalar su fecundidad y carácter, así como el mayor número de los que puntualizan la polaridad Litoral-Interior, frente a la polaridad América del Atlántico-América del Pacífico, que es la que, por descontado, nos interesa más. Y no olvidemos su esencial particularidad: se trata —y recurro aquí directamente a la explicación de Arciniegas— de una distinción especialmente sociológica que reco-

noce en América la existencia de dos amplísimas zonas longitudinales, la del Atlántico y la del Pacífico; la primera, más europea e innovadora; la segunda, más tradicional, que es, en lo fundamental, tradición española, indígena y aun enlaces asiáticos. La rotundidad de la dicotomía diluye, claro, otras diferencias, pero da perfil nítido a la teoría.

II. EL ROMANTICISMO EN LA AMÉRICA HISPÁNICA

A través de las noticias que enunció en los párrafos anteriores, vemos que no hace falta esperar a mediados del siglo xx para encontrar los fundamentos de la teoría de las dos Américas longitudinales. Por el contrario, lo que la nutrida bibliografía ejemplifica es que ya en plena época del Romanticismo (época histórica y corriente artística), y paralelamente a la expansión y larga vida del Romanticismo literario en la América Hispánica, es fácil encontrar reflexiones que, con mayor o menor precisión, dan la pauta de la idea.

Esto es importante porque el fenómeno puede explicarse así, con las propias reflexiones incubadas en los hombres de la época. Lo cual, a su vez, no significa que debamos encerrarnos dentro de esos límites y no aprovechar materiales y comentarios — más ricos y, sin duda, con mayor perspectiva aclaradora — que corresponden ya, como hemos tenido ocasión de ver, a la bibliografía del siglo xx.

Yo creo que la polaridad de las “Dos Américas” que pongo sobre el tapete puede ser de utilidad para hondar en algunos rasgos típicos del Romanticismo en Hispanoamérica. En efecto, una primera comprobación nos muestra que las letras de aquella época reflejan con bastante nitidez la contraposición este-oeste, y permiten aplicar los rasgos que adscribimos en general a una y otra región. Vale decir, sin sobrepasar una primera impresión, la que muestra al este más innovador, y al oeste más tradicional.

Asimismo, vemos que también se ejemplifica, junto a la contraposición este-oeste, la diferencia entre litoral e interior. El hecho de que en esta última polaridad se piense más en regiones nacionales (como ocurre en el caso de la Argentina, a través de testimonios como los de Alberdi y Sarmiento), no impide que puedan extenderse a zonas mucho más amplias los rasgos generales que le dan consistencia.

Volviendo a la diferencia y contraposición entre este y oeste, creo que, en efecto, encuentra bastante respaldo en la época. De manera especial, en la literatura del Romanticismo. Pero, al mismo tiempo, noto que si cabe hablar de adecuación, debe hacerse con algunas salvedades, y teniendo en cuenta, igualmente, otros factores, fuera de los que identificamos como sociológicos.

Por otra parte, es conveniente partir — me parece — no de una aplicación absoluta que abarque todo el continente, sino de un mapa territorial restringido a la América del Sur. Después de todo, hablo de la América del Sur como unidad externa total, con la explicable presencia del Brasil. Por lo pronto, esta partición regional permite una coincidencia o proximidad más defendible. Cosa que no siempre pasa cuando incluimos, con afán de totalidad, zonas de la América Central y del Caribe, por un lado, y de la América del Norte en su conjunto, por otro. En fin, esto es lo que espero mostrar en los párrafos siguientes.

AMÉRICA DEL SUR.

Como he dicho, conviene restringirnos, en principio, a la parte del Continente que llamamos América del Sur, o del Sud, o Suramérica, o Sudamérica. Y tomo las denominaciones en su estricto sentido geográfico, y no en el sentido 'espiritual' (o lingüístico) que utilizaron Juan María Gutiérrez

rrez y otros, en el siglo pasado, cuando identificaron 'Sudamérica' y toda la región hispánica del Continente⁴.

Con estas aclaraciones, vemos que, en efecto, la literatura del siglo XIX en la América del Sur respalda, con bastante fundamento, la teoría de las "Dos Américas" longitudinales que, ya en aquel siglo, defendía Miguel Cané (hijo), y que —bien lo sabemos— actualizaron en el nuestro Germán Arciniegas y Pedro Henríquez Ureña.

Así, sin extremar demasiado las diferencias, queda para la América del Atlántico (pensemos en las letras de la Argentina, Uruguay y el Brasil, sobre todo) una mayor cercanía a Europa, no limitada sólo a lo geográfico. Con un contenido de cambio o innovación que los países del oeste no tuvieron, o tuvieron en menor grado.

Por supuesto, al decir 'Europa', hay que entender, sobre todo, la Europa occidental, con exclusión de España y Portugal, explicablemente no desasidas del todo de sus antiguas colonias. O, si preferimos, la sustitución de las antiguas metrópolis por la fuerte influencia francesa. Aparte, otras influencias, aunque éstas (Inglaterra, Alemania, Italia y aun los Estados Unidos) aparecen a apreciable distancia de aquélla.

Con respecto a la polaridad señalada, los países del Pacífico presentan, es indudable, cambios menos bruscos. No hay cortes tan rotundos, y esto se palpa, entre otras cosas, en la supervivencia aún vigorosa de la tradición cultural española.

Un conocido testimonio de Ricardo Palma respalda el carácter preferentemente hispánico del Romanticismo en el Perú. Pertenece, como sabemos, a sus 'memorias literarias' tituladas *La bohemia de mi tiempo*. Allí, después de estampar aquella declaración 'inicial' tan citada ("De 1848 a 1860 se desarrolló en el Perú la filoxera literaria, o sea, pasión

⁴ Cf. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *Estudios biográficos y críticos de algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX*, I (único publicado), Buenos Aires, 1865. Gutiérrez incluye a Alarcón y a Sor Juana.

febril por la literatura...”), se detiene, entre otras cosas, en puntualizar las influencias literarias más visibles entre los escritores peruanos de la época:

Nosotros, los de la nueva generación, arrastrados por lo novedoso del libérrimo Romanticismo, en boga a la sazón, desdeñábamos todo lo que a clasicismo tiránico apestara, y nos dábamos un hartazgo de Hugo y Byron, Espronceda, García Tassara y Enrique Gil. Márquez se sabía de coro a Lamartine; Corpancho no equivocaba letra de Zorrilla; para Adolfo García más allá de Arolas no había poeta; Llona se entusiasmaba con Leopardi; Fernández hasta en sueños recitaba las *doloras* de Campoamor: y así cada cual tenía su vate predilecto entre la pléyade de revolucionarios del mundo viejo. De mí recuerdo que hablarme del *Macías* de Larra, o de las *Capi-ladas* de Fray Gerundio, era darme por la vena del gusto⁵.

En esta escueta pero variada enumeración no importa tanto confirmar, por ejemplo, nombres como los de Hugo, Byron y Lamartine, como atender a la, comparativamente, nutrida serie de autores españoles. El hecho de que estos autores pertenezcan también al siglo XIX (o, aceptamos, sean románticos españoles) no debilita el vigor de una influencia. Influencia en la cual también pesan nombres secundarios o de no mucho relieve. Y, en definitiva, cabe agregar que si este grupo de autores españoles encuentra un eco semejante en otras regiones sudamericanas del Pacífico, no aparece con igual dimensión en las regiones sudamericanas del Atlántico. Sobre todo —repito una vez más— en el Río de la Plata.

En fin, sin salir de Ricardo Palma, me parece útil citar otro testimonio suyo. Es el que extraemos de su estudio *Neologismo y americanismo*. Dice allí:

la juventud a la que yo pertenecía fue altamente hispanófila... La vida colonial estaba todavía demasiado cerca de nosotros, y sólo el correr del tiempo conseguía destruir la influencia y el prestigio que sobre el espíritu ejerce la tradición...⁶.

⁵ Ver RICARDO PALMA, *Tradiciones peruanas completas*, ed. de Madrid, 1961, págs. 1.293-1.294.

⁶ *Ibid.*, pág. 1.378.

Subiendo ahora algo en el mapa del Pacífico, encuentro otro ejemplo que me parece valedero. En efecto, si he pretendido adjudicar a Miguel Cané el mérito de 'adelantado' en la teoría de las "Dos Américas", ¿por qué no recurrir también a él para encontrar fundamentos que respalden sus afirmaciones?

Al respecto, creo que nos sirven sus rápidos comentarios sobre la ciudad de Bogotá, ciudad que Cané tanto apreciaba, en relación a la época que pasó allí en su cargo diplomático. Y, como no podía ser menos, encontramos en él noticias confrontadoras entre Colombia y la Argentina que, por lo que ya conocemos, pueden servir como una ejemplificación de su muy esquemática teoría. Veamos algunos párrafos:

[Bogotá]. En los primeros días me creí transportando a la España del tiempo de Cervantes...

Sí, a la España del siglo XVII... [Y apuntemos sus palabras con las descripciones del mercado, la higiene, las serenatas, las plazas, las iglesias, las procesiones, las crónicas sociales...].

Y en otro lugar:

A mis ojos, el progreso de las ideas de la sociedad argentina es uno de los fenómenos intelectuales más curiosos de nuestro siglo. Y al hablar de las ideas argentinas me refiero a las de toda la América, aunque el fenómeno, por causas que responden a la situación geográfica, a la naturaleza del suelo y a la poderosa corriente de emigración europea, no presenta en ninguna parte el grado de intensidad que en el Plata...⁷.

Por supuesto, no hace falta tomar al pie de la letra los juicios de Cané, quiero decir, como juicios de valor absoluto. En especial, los referidos a Bogotá, si bien, como ya he señalado, sus palabras crecen al considerar que su amor a

⁷ MIGUEL CANÉ [hijo], *En viaje (1881-1882)*, ed. citada, págs. 147 y 29-30.

Colombia venía después del que sentía por la Argentina. Y esto supera ya las limitaciones de los cotejos puramente patrióticos...

A todo esto, sin tener carácter tan significativo, creo que conviene tener presente, una vez más, reflexiones de Alberdi y Sarmiento, que, si bien estaban restringidas al problema de la división entre litoral e interior (o la costa y la zona mediterránea), dentro de los límites 'nacionales', apuntaban igualmente a mostrar las diferencias entre innovación (o europeización) y tradición (o continuidad española, o colonial). Poco cuesta extender 'litoral' a zona Atlántica, y 'mediterráneo' a proximidad a la zona del Pacífico, aquí como recorte... Vale decir que, dentro de una localización más restringida, se daba ya en ellos un amago de las diferencias que sí aparecerán con mayor rotundidad en la teoría de las "Dos Américas", o, si preferimos, en las Américas del Atlántico y del Pacífico.

Reitero que me parece indudable la diferencia que, dentro del Romanticismo, puede establecerse entre los países sudamericanos del este y del oeste. Diferencia que, sin necesidad de exageraciones, resulta, en conjunto, convincente⁸.

Así, en la Argentina y el Uruguay, valga el ejemplo, notamos un mayor antiespañolismo que en regiones del Pa-

⁸ Dejo a un lado —es explicable— elementos comunes, que no vienen aquí al caso. Y también diferencias que hombres del siglo XIX veían a veces, real o aparentemente, entre el este y el oeste. Así, escribía Luis Benjamín Cisneros, hacia 1870: "Casi no hay en toda la cadena de repúblicas que baña el Pacífico un solo nombre literario que no sea al mismo tiempo un nombre político...". (L. B. CISNEROS, prólogo a RICARDO PALMA, *Pasionarias*, 1ª edición, El Havre, 1870).

Y verdad es que esta identificación no es exclusividad de los países del Pacífico. Quizás Cisneros no quiere establecer una división, y sólo se refiere a ejemplos que tiene más cerca, o conoce mejor. Es posible, si bien subraya el amplio lugar de su observación.

A propósito de esta identificación entre el escritor hispanoamericano y la política (necesidad del momento de contar con los más capaces...) hay con posterioridad unas atinadas reflexiones de García Merou, sobre los cambios producidos a fines del siglo, donde es palpable una mayor separación entre el escritor sudamericano y la política. Con exagerado pesimismo, García acota que no por eso han mejorado ni la literatura ni la política...

cífico. Mejor dicho: un antiespañolismo más continuado, después de las Guerras de Independencia⁹. La aseveración del antiportuguesismo del Brasil lleva implícita la ausencia de un elemento confrontador. En este caso, lo que corresponde es subrayar la escasa repercusión que la antigua metrópoli o estado encuentran en las diferentes manifestaciones (políticas, sociales, culturales, etc.) del Imperio americano. No era sólo cuestión de una cercana coyunda política, y a ello hay que agregar también el hecho reconocido de que, en consonancia con la visible decadencia de Portugal, el Brasil pasa a ser en el mundo el representante de lengua portuguesa más importante. (Y, a propósito del Brasil, es conveniente no olvidar la especial relación que se establece entre su externa conformación geográfica y el mundo humano, entre el extendido litoral y su profundo, selvático interior...).

Como he dicho en otro lugar, comparativamente España mantuvo en Hispanoamérica durante el siglo XIX mayor prestigio 'literario' que Portugal en el Brasil. Y hasta se da el caso de que el Romanticismo brasileño vuelva realmente la espalda al modelo portugués. Los grandes románticos portugueses — Garret y Herculano — encontraron realmente en el Brasil más admiradores que imitadores. Por último, es digno de recordarse el entusiasmo que Espronceda encuentra entre los románticos brasileños. En especial, en los del grupo de Álvares de Azevedo y en Castro Alves¹⁰.

En el sector de las influencias literarias extranjeras (y, claro, no sólo literarias) se da el contraste bien visible: en el Río de la Plata y el Brasil, si bien — como digo — no

⁹ Cf.: "Ahora bien: creo que en la Argentina, más que en otra alguna de las antiguas colonias españolas, vino a producirse una marcada separación de los espíritus entre algunos que — generalmente recluidos en los claustros o academias forenses — permanecieron adictos a la tutela mental hispánica, y los más que, con repudiarla, pretendían completar — a trueque de escribir perversamente el castellano — la obra de la emancipación política...". (PAUL GROUSSAC, *Nicolás Avellaneda*, en *Los que pasaban*, 2ª ed., Buenos Aires, 1939, págs. 253-254).

¹⁰ Cf. SÍLVIO ROMERO, *História da literatura brasileira*, II, Río de Janeiro, 1903, pág. 158.

desaparecen del todo los ecos de España y Portugal, con los rasgos señalados, se produce el fenómeno hartamente conocido. Francia pasa a ser el modelo por excelencia (no exclusivo, pero preponderante). Con el agregado de que esa influencia adquiere dimensiones extraordinarias, y llega hasta las instituciones, la legislación, la educación, la ideología, las artes, las letras, la moda... En el caso del Brasil es de sobra conocida la repercusión que tuvieron ideas francesas en el sector político, institucional e ideológico. Y su culminación, entre concreta y simbólica, debe verse, sin duda, más que en los lemas de sus periódicos, en el lema de su bandera.

En el siempre complejo problema de los comienzos doctrinales de una época literaria como el Romanticismo resulta imposible negar el peso que tiene el modelo francés. En el Río de la Plata, sin necesidad de magnificar la figura de Esteban Echeverría, creo que es imposible negar su claro papel inaugural. Bien pronto afirmado por un compacto grupo de acompañantes, lo sigan directamente o no, y que abarca nombres tan decisivos como los de Sarmiento, Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Mitre y otros. En el Brasil, es ineludible la presencia del francés Ferdinand Denis. Y, mejor aún, las de Gonçalves de Magalhães y Maciel Monteiro¹¹.

Frente a estas evidencias, no encontramos una situación equivalente en el Pacífico. Ausencia o demora, sin olvidar por esto la situación de Chile. Pero aquí, como en otras regiones limítrofes, es también insoslayable, como eco o como reacción, la obra de los emigrados argentinos.

En los avatares de la lengua, creo que resulta igualmente clara la diferencia que se establece, por un lado, entre la mayor libertad del Atlántico, mayor libertad que llega en ocasiones a extremos caóticos. Por supuesto, no se reduce todo, como algunos críticos pretenden, a la abundancia de galicismos, y se comete una injusticia cuando se olvidan

¹¹ Ver mi libro sobre *El Romanticismo en la América Hispánica*, II, ed. de Madrid, 1975, págs. 224-231.

valiosas expresiones individuales. Por otro lado, destacamos la mayor contención y acatamiento observable en países como Chile, Perú y Colombia. A su vez, no pretendo negar con esto, por ejemplo, la expansión de galicismos en los países del oeste, pero me parece que aquí tiene mayor relieve la presencia de hombres destacados (y no me refiero sólo a testimonios como los de Andrés Bello y Miguel Antonio Caro), que defendieron una continuidad de lengua y de principios normativos que los hombres del Río de la Plata estuvieron lejos de sustentar. De paso, es de rigor mencionar, como complemento necesario, al grupo de estudiosos de la lengua, sin equivalentes en España, que surgen en los países del oeste.

En fin, sin apelar a forzados determinismos, sería difícil concebir en países del este a escritores como Ricardo Palma, Miguel Antonio Caro, y Montalvo, que, aun con sus diferencias, permiten una mayor proximidad como escritores del Pacífico, y en países como Perú, Colombia y Ecuador. Y, sin desbordar este plano, no 'convence', en principio, el posible surgimiento de autores como Sarmiento, Echeverría y Castro Alves en el oeste. Insisto en que no se trata de establecer determinismos cerrados, sino de reconocer nombres y obras a la luz de lo que realmente aconteció y a través de grupos homogéneos predominantes¹².

Volviendo al oeste, cabe reparar, asimismo, en el caso singular de Andrés Bello, que — como sabemos — estuvo a punto de radicarse en la Argentina, años antes de viajar a Chile. Más allá de la pérdida que pudo significar para nosotros, argentinos, aceptamos que Chile fue, efectivamente, un lugar más apropiado para un hombre de las ideas y convicciones de Bello...¹³.

¹² Así, por ejemplo, con la ayuda del factor temporal, señalo la presencia del argentino Calixto Oyuela. Pero con él estamos ya en las lindes del siglo, y con un antiespañolismo rioplatense bastante atenuado.

¹³ Cf., con mi artículo sobre *Bello y el Río de la Plata* (en el *Boletín Interamericano de Bibliografía*, Washington, D. C., 1982).

En el especial sector de las formas genéricas que caracterizan el Romanticismo en Iberoamérica, pueden igualmente establecerse algunas diferencias (reitero: no absolutas) entre los dos polos que estudiamos. Con el agregado de que, muchas veces, las semejanzas no ocultan un comienzo en el este que, con posterioridad, el oeste hace suyo.

En esta dirección, creo que podemos destacar una mayor presencia de novedades genéricas románticas en obras nacidas en la costa del Atlántico. O, simplemente, el nacimiento de productos literarios que escapan a los casilleros comunes, y para los cuales conviene establecer nuevos nombres o aclaraciones (ejemplos: el *Facundo*, *El matadero*, el *Martín Fierro*).

A la inversa, la identificación del oeste, entre otras prolongaciones, con formas de la comedia, del costumbrismo... No quiero decir con esto que no aparecen testimonios costumbristas, valga el ejemplo, en el Río de la Plata (lo hay, y mucho); lo que quiero subrayar es la mayor cantidad de autores y obras en regiones del Pacífico. Y no entro a considerar aquí la variedad de matices que pueden observarse.

Desde el punto de vista temático, me parece que también conviene establecer algunas diferencias notorias. Elijo exprofeso la forma en que se presenta el tema del indio (no es justo hablar de 'indianismo') en regiones del este y del oeste. En el este (*La Cautiva*, *Martín Fierro*) el indio resalta como enemigo del blanco. Debemos esperar un tiempo hasta que surja una obra como *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín. Sin olvidar que el canto del poeta uruguayo es, esencialmente, el canto a una raza indígena prácticamente extinguida.

El caso del Brasil, con Alencar a la cabeza, ofrece características propias, producto de una organización social distinta. Y a ella también es justo agregar, ya como tema aparte, aunque conectado, el tema del negro.

Pero volviendo al Río de la Plata y sus indígenas, es necesario registrar el contraste que, en ese mismo tema, se establece con las literaturas nacionales del Pacífico, donde

sí puede hablarse, con propiedad, de una 'literatura indianista'. Y ya, a fines del siglo, del surgimiento del 'indigenismo', con rasgos que son de sobra conocidos y que sustentan sus individualidades.

De más está decir que, sea a través del indianismo o del indigenismo, las diferencias son asimismo las que se marcan entre una región en que no sólo se considera al indio enemigo del blanco, sino también como 'indio bárbaro', aparte de su proporción muy debilitada, y regiones del Pacífico donde sobreviven millones de indios puros, y donde la población mestiza es considerable¹⁴.

DERIVACIONES COLONIALES.

A todo esto, me parece que es importante tener presente, al establecer distinciones más o menos firmes entre el este y el oeste, la presencia de otros factores que aportan algún peso en la afirmación del Romanticismo en las diversas regiones de Iberoamérica.

Así, una manifestación la veo en la persistencia o continuidad de una viva tradición clasicista, notoria, claro, en regiones que habían ostentado una mayor cultura colonial. No puede desconocerse, como testimonio importante, el relieve de los traductores hispanoamericanos del siglo XIX en Colombia, México, Perú y Chile. Sobre todo, en Colombia y México. Verdad también es que si no faltan estos cultores en la zona del Atlántico, están lejos, comparativamente, de la abundancia —y valor— que asignamos a los traductores del oeste (Bello, Miguel Antonio Caro, Pombo, De la Puente y Apezechea, Montes de Oca, Pagaza, Casasús y otros).

Con respecto al peso de la cultura colonial en las épocas posteriores, es fácil encontrar las opiniones más diversas. Recordemos que, por ejemplo, Florencio Varela, contra el pa-

¹⁴ PABLO NERUDA, *Para nacer he nacido*, Barcelona, 1980, pág. 271.

recer de Alberdi, negaba su valor y la borraba como posible raíz de la literatura en el Río de la Plata¹⁵. Por su parte, y sin salir del siglo. Rufino José Cuervo, en posición totalmente opuesta, afirmaba que en la literatura colonial americana estaba "la clave" para explicar el origen de mucho de lo que hoy parece peculiar nuestro... Con abrumadora mayoría, las historias de la literatura hispanoamericana (nacidas, como sabemos, en el siglo xx) le dan la razón a Cuervo, y no a Florencio Varela¹⁶.

Sin pretender reducir todo a dos citas aisladas, aunque las dos sean del pasado siglo, podríamos pensar, en principio, que no es casual el hecho de que Florencio Varela sea un hombre del Río de la Plata, y Rufino José Cuervo, un hombre del Pacífico. Y que en las palabras de cada uno repercute una particular concepción en que resuenan los nombres ocultos del Atlántico y del Pacífico. Todo puede ser, aunque — repito — ya Alberdi, sin entrar en explicaciones detalladas, no coincidía con la idea de su compatriota.

Aquí, importa subrayar que el Río de la Plata, de pobre cultura colonial¹⁷, tuvo, por eso mismo, mayor libertad para acoger principios de la escuela romántica, que países como Perú, Colombia y México, de cultura colonial muy superior a la que se desarrolló en tierras del Plata durante los siglos xvi, xvii y xviii. Recordemos, por otra parte, que el tardío nacimiento del Virreinato del Río de la Plata, casi en las lindes de las Revoluciones de Independencia, se debió a factores militares, más que políticos.

¹⁵ FLORENCIO VARELA, *Informe sobre el Certamen Literario de Montevideo*, 1841. (Ver ALBERDI, *Obras completas*, II, Buenos Aires, 1886, págs. 69-76).

¹⁶ RUFINO JOSÉ CUERVO, carta a Joaquín García Icazbalceta, fechada en París, el 18 de marzo de 1886 (ver M. A. CARO, R. J. CUERVO y otros colombianos, *Epistolario con J. GARCÍA ICZBALCETA*, Bogotá, 1980, pág. 200).

¹⁷ La diferencia de calidad y cantidad entre las letras coloniales y las del siglo xix en el Río de la Plata es abrumadora. No hace falta exagerar virtudes, ni citar el juicio de Sarmiento, de 1845, si bien el sanjuanino ratifica, con su peculiar rotundidad, lo que autores y obras de su tiempo muestran con holgura: "Que en cuanto a literatura — dice —, la República Argentina es hoy mil veces más rica que lo fue jamás en escritores capaces de ilustrar a un Estado americano...". (SARMIENTO, *Facundo*, cap. xv).

No se trata de asignar a esta diferencia un carácter decisivo, pero sí una actitud definidora. Como contraste, el ejemplo del Perú nos enfrenta con una situación donde cuesta mucho más vencer el peso de las tradiciones, que aún siguen firmes en el siglo XIX y que se oponen a cambios radicales. Esto es —reitero— lo que palpaba Ricardo Palma cuando, entre otras cosas, enumeraba entre los escritores peruanos de su generación no sólo la estima hacia los autores españoles de la época, sino también el carácter de modelos.

Hay asimismo otra situación en la cual no siempre se repara, pero que es preciso tener en cuenta dentro del amplio mapa que abarca la realidad Iberoamericana.

Si bien, en principio, hemos dejado de lado momentáneamente lo que no corresponde a la América del Sur, me parece digno de mención el hecho de que todavía España mantiene durante el siglo XIX algunas colonias en América. La mayor parte las había perdido en el primer cuarto del siglo (y en la larga lucha que culmina en Junín y Ayacucho), pero aún quedaban Cuba y Puerto Rico como restos de su vasto imperio colonial americano.

Ahora bien, es importante subrayar no sólo la presencia del Romanticismo en Cuba y Puerto Rico (sobre todo, en Cuba), sino también el relieve que, a través de algunos escritores, alcanza. Y, aunque no siempre se advierta, que el Romanticismo en Cuba, con autores como la Avellaneda, Zenea y Cirilo Villaverde (aparte, Heredia y Del Monte), figura entre las manifestaciones notorias de la corriente continental.

Evidentemente, Cuba y Puerto Rico corresponden al sector Atlántico, si bien su propio carácter 'colonial', más allá de los signos de valor que imponen sus manifestaciones literarias, les concede un sitio especial, diferente al de otras regiones. Así, sin negar sus aspiraciones de independencia política o de crítica social trasuntada en las obras, un cuadro general de la literatura cubana a lo largo del siglo XIX subraya igualmente ese carácter 'colonial' que señalé.

Como vemos, no resulta fácil insertar las literaturas del Caribe en el cuadro que hemos trazado para Sudamérica. Y, como prolongación, creo también que, aun en distinta perspectiva, aparecen las literaturas que corresponden a la América Central y México, quizás como una imposibilidad de extender hacia todas estas regiones los rasgos nítidos, o más nítidos, que nos han permitido discernir con alguna claridad entre la América del Atlántico y la América del Pacífico en el sur del Continente.

Quizás se trata de la especial conformación física¹⁸, de una mayor cercanía con Europa (que, de acuerdo a los medios de la época no debemos exagerar). El caso es que no resulta aquí tan fácil proponer la polaridad ensayada en Sudamérica.

Para evitar caer en sutilezas o salvedades, creo que es imprescindible tomar el ejemplo de México, que, claro, no había sido solamente uno de los dos grandes virreïnatos, y centro importante de la Colonia, sino que durante el siglo XIX, más allá de sus vicisitudes políticas y su cercenamiento territorial, mantuvo su lugar de primera fila entre los países del continente.

Sin embargo, México no ayuda mucho. Con su capital enclavada en el centro del país y con su especial conformación social, donde el elemento indígena tiene peso indudable, México, con costas en el Atlántico y el Pacífico, da la impresión de verse comprimido por esta misma posición interoceánica.

En forma más tajante, Alfonso Reyes habla de México como de un país vuelto hacia el Pacífico. No casualmente,

¹⁸ Dicho esto, no pretendo seguir al pie de la letra divisiones particularmente geográficas de Iberoamérica, como, por ejemplo, las que establece RONALD M. SCHNEIDER en su breve manual titulado *An Atlas of Latin American Affairs* (Nueva York, 1965). Schneider establece en el norte hispánico dos regiones, con México, por un lado, y la América Central y el Caribe, por otro. En fin, en su esquema total de Iberoamérica, señala cinco regiones: México, América Central y el Caribe, los países andinos (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile), los países del Río de la Plata (Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil).

su reflexión la encontramos en una semblanza de Valle-Inclán (y acerca de la simpatía de éste por México): "México es un país vuelto hacia el Pacífico, que huye del Atlántico y se hincha de magnetismos asiáticos..."¹⁹.

En fin, sería fácil retroceder aún más en el tiempo y ver lo que ya significaba México en la época colonial, como escala en los viajes desde España al Oriente. Sobre todo, en relación a las Islas Filipinas. Y, a la inversa, como receptor de productos materiales y espirituales de Asia. Con testimonios valederos como son, por ejemplo, los que, entre otros, representan los *Infortunios de Alonso Ramírez* (México, 1690) de Carlos de Sigüenza y Góngora, y, sobre todo, ya a principios del siglo XIX y por lo que simboliza como auténtica 'novela mexicana', el famoso *Periquillo Sarmiento* (1816, 1829-1831), de José Joaquín Fernández de Lizardi²⁰.

En el sector estrictamente político cultural, si bien no puede negarse que penetran en México influencias de afuera, en particular la francesa, las propias contingencias políticas son las que determinarán más adelante, con el Imperio, el explicable relieve.

Con todo, lo visible es que, antes de desarrollarse estos episodios y atendiendo en especial a la trayectoria literaria, lo que México muestra es una situación que no difiere mayormente de la que hemos visto en el Perú. No casualmente, las dos sedes de los grandes virreinos españoles. Con otras palabras, lo que México en realidad ejemplifica es una actitud afín a los países del Pacífico, en la América del Sur. El peso de la tradición (sin excluir líneas indígenas), una continuidad que cuesta romper, y una lenta imposición de ideas revolucionarias.

¹⁹ Cf. ALFONSO REYES, *Tertulia de Madrid*, ed. de Buenos Aires, 1949, pág. 73.

²⁰ Cf., con mis estudios sobre *El "Robinson" americano* (en *Pedro Henríquez Ureña y otros estudios*, Buenos Aires, 1949, págs. 131-146); y *Tres escritores hispanoamericanos* (Lizardi, Bartolomé Hidalgo y Melgar), en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, XXVIII, Buenos Aires, 1963, págs. 90-100.

Recuerdo también que Ignacio Manuel Altamirano, en sus disputas con Pimentel, decía que la literatura de México carecía del ímpetu innovador, del 'color local' que él — Altamirano — veía en la literatura del sur del continente, en especial, la del Río de la Plata. E insistía en sus puntos de vista centrándose sobre todo en el género novelesco²¹. A su vez, Menéndez y Pelayo, al referirse a las letras mexicanas del siglo XIX, afirmaba que el romanticismo había alcanzado allí menos prosélitos que en la América del Sur y Cuba, y lo identificaba como "país de arraigadas tradiciones clásicas"²². (Quizás exagere algo don Marcelino, si tenemos en cuenta los avatares de la literatura posterior. Sin embargo, su juicio se justifica mejor en el momento en que lo escribe). En fin, más recientemente, el crítico mexicano José Luis Martínez, por cierto con mayor perspectiva, insiste en la idea del sentido tradicional del Romanticismo mexicano. Como consecuencia, en mucho, de la fijeza de líneas anteriores que se oponen a los cambios. O, con sus palabras: "El Romanticismo es en México una escuela literaria sin violencias y sin una quiebra radical frente al pasado..."²³.

No pretendo encontrar una solución mágica para este especial problema que, como vemos, envuelve a esa vasta zona que enunciarnos con los nombres de Centro América, México y el Caribe. Con todo, creo que, si no como solución salvadora, tiene algún fundamento recurrir aquí a la, en su tiempo, extraña partición literaria propuesta por el escritor francés Max Daireaux²⁴. Partición ratificada, en buena me-

²¹ Ver IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO, *Resurgimiento literario: Una nueva generación* (en *Aires de México*, ed. de México, 1940, págs. 8-12).

²² Cf. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Antología de poetas hispanoamericanos*, I, ed. de Madrid, 1893, pág. CXI.

²³ Ver JOSÉ LUIS MARTÍNEZ, Prólogo a *Poesía romántica*, México, 1941, pág. XXV.

²⁴ Cf. MAX DAIREAUX, *Panorama de la littérature hispanoaméricaine*, París, 1930. Daireaux señala que excluye de su *Panorama* a México y las Antillas. Y, en el caso de México, hace hincapié en lo que considera esenciales diferencias con los países del sur.

dida, por Valéry Larbaud²⁵, y que, en cambio, no convenía mucho a Alfonso Reyes y a Pedro Henríquez Ureña²⁶. Me refiero a la estructura ensayada por Max Daireaux, quien, a fines de la década del veinte, proponía el estudio de la literatura hispanoamericana contemporánea, sobre la base de las dos amplias regiones que constituyen, por un lado, Sudamérica (con exclusión del Brasil), y, por otro, América Central, México y el Caribe. Como sabemos, ésta es la propuesta, aunque Max Daireaux limita su panorama a la primera parte del enfoque (la otra parte la iba a desarrollar Philippe Soupault, pero el proyecto no se llevó a cabo).

Aunque es posible que Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes tengan razón al oponerse a esta división, en su búsqueda de ratificaciones a una unidad continental hispanoamericana, y aun iberoamericana, superiores a aquella línea escindidora, me parece que la división interna de Max Daireaux (y Valéry Larbaud) queda aún como un desafío incitador, y digno de que volvamos a él. Por lo pronto, repito, en este especial problema de las "Dos Américas" longitudinales, más apropiadas a la conformación física y espiritual de la América del Sur. Aquí — es decir, subiendo

²⁵ Cf. VALÉRY LARBAUD - ALFONSO REYES, *Correspondance*, París, 1972, págs. 52-55. Valéry Larbaud, en cartas de 1929, le dice que Max Daireaux está trabajando en el libro y que le ha pedido un prólogo. (Por lo visto, Valéry Larbaud no lo escribió).

Lo importante es que, sin duda como consecuencia de conversaciones con Max Daireaux, Valéry Larbaud propone una nueva división de la literatura hispanoamericana en tres partes: 1) México, América Central y Antillas; 2) Países bolivarianos; y 3) Argentina, Uruguay y Paraguay. A su vez, en otro plano y en lo que llama "los dos polos de la vida intelectual americana", subraya esta dicotomía: 1) México y 2) Argentina-Uruguay, junto con las "corrientes que se establecen entre ellos".

Alfonso Reyes estaba de acuerdo, en principio, con la primera partición de Valéry Larbaud, pero reaccionó vivamente contra el libro de Max Daireaux. Sobre todo, contra el título, que parecía dejar a México fuera del mundo hispánico.

²⁶ Cf. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA - ALFONSO REYES, *Epistolario íntimo*, III, Santo Domingo, 1983, pág. 392; ALFONSO REYES, *Sobre México en América* (en *De viva voz*, México, 1949). Notó algunas diferencias en los juicios de Alfonso Reyes cuando éste escribe a Valéry Larbaud, en 1929, y cuando, después de publicado el libro de Daireaux, le escribe a Henríquez Ureña.

hacia el norte — cabe la posibilidad de una “tercera América hispánica”, transversal y enlazadora de las partes del norte.

A manera de ilustración, señalo que, en el siglo XIX, diversos autores, estableciendo una identificación histórico-lingüística, dividían el continente en dos vastas zonas: América del Norte (Estados Unidos y Canadá) y América del Sur (desde México hasta la Tierra del Fuego). El juego ofrece sus peligros, pero creo que completa de manera más cabal, en el siempre complejo ámbito de las denominaciones geográficas, las posibilidades abarcadoras. Más aún, si de lo que nos toca de cerca se trata...²⁷.

CONCLUSIÓN.

Los párrafos precedentes han pretendido mostrar la trayectoria de una teoría vinculada al siempre apasionante problema de las divisiones de América.

En buena medida, y aun dentro de los límites de la introducción, también he pretendido mostrar que, sin desmerecer los méritos de Germán Arciniegas, la polaridad de las “Dos Américas” longitudinales se da ya en el siglo XIX, como fundada reflexión de un destacado ensayista y narrador argentino, más olvidado de lo que merece.

A propósito del siglo XIX, creo igualmente que hay allí elementos abundantes como para establecer relaciones entre la realidad y la teoría. Tantos, que difícilmente encontramos otra época, y me centro sobre todo en el Romanticismo, donde resulte mejor respaldada la teoría.

²⁷ Algo he dicho en una nota anterior. Insisto en que son ejemplos nítidos los que encontramos en JUAN MARÍA GUTIÉRREZ y SARMIENTO. El de GUTIÉRREZ — repito — lo vemos en sus *Estudios biográficos y críticos de algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX*, I (único publicado), Buenos Aires, 1865, donde incluye a Alarcón y Sor Juana. Sobre SARMIENTO, agrego lo que apunto en mi libro *El embajador Sarmiento (Sarmiento y los Estados Unidos)*, Rosario, 1961, pág. 38.

No importa que, en ocasiones, convenga hacer salvedades, y, en definitiva, que calce mejor en ese vasto continente o sector de continente que llamamos América del Sur o Sudamérica. En cambio, sí vale la posibilidad de descubrir — reitero — que las fundamentaciones teóricas encajan de manera más adecuada con las letras de esa centuria. Entre otras cosas, advertimos que todavía para el siglo XIX tiene aún peso el que nos apoyemos en la mayor o menor dificultad de las comunicaciones, así como en las consecuencias que este rasgo tiene como elemento definidor de un ámbito social. Y esta situación — reconocemos — no ofrece equivalencia con lo que ocurrirá después, ni con las transformaciones, muchas veces extraordinarias, que se han acumulado a lo largo de nuestro siglo. Y que hacen más vagas las fronteras longitudinales entre el este y el oeste que percibíamos en el siglo XIX.

Sería muy simple encerrar en la polaridad de las “Dos Américas” todas las líneas identificadoras. Como no pretendo tanto, señalo que las bases de la teoría analizada no borran otras posibles caracterizaciones. Y algo de esto es lo que he pretendido también mostrar.

En fin, noticias sobre las influencias literarias e ideológicas, los avatares políticos, las doctrinas estéticas, la lengua, géneros y temas, etc., si por un lado revelan las particularidades propias de la corriente romántica, por otro lado alcanzan para mostrar que los mismos materiales sirven para establecer diferencias entre las literaturas del este y del oeste. Esas diferencias que envolvemos, a veces, con el salvoconducto de flexibles o parciales.

Considero, después de las pruebas aducidas, que no debe arredrarnos la comprobación de que la tesis de las “Dos Américas” resulte más apropiada al aplicarse a la América del Sur, y no tan clara al hacer entrar en ella a los países de Centro y Norteamérica, así como a los de la zona del Caribe. Precisamente este reconocimiento — que escapa a la explicación de Arciniegas y a la escueta enunciación de Cané — obliga, me parece, a tentar otros caminos, sin apar-

tarnos totalmente de las vías principales. Y eso es lo que he pretendido hacer, con la cautela necesaria, en los párrafos precedentes.

Debemos tener en cuenta que estamos abarcando nada menos que un continente, o, si preferimos, un semicontinente. Y que este continente presenta en sus dimensiones tanto rasgos enlazadores como variaciones notables. Si, aceptando ventajas y desventajas, surge de estas páginas una visión coherente y al mismo tiempo algo distinta de los enfoques generales sobre el Romanticismo en la América Hispánica, me daré por satisfecho.

EMILIO CARILLA.

Buenos Aires.